

### 3. La oración, la alegría y el tesoro

En el primer capítulo propuse que nos preguntáramos si la Orden y las comunidades individuales están realmente unidas en la oración. No olvidemos esta cuestión. Pero partiendo de lo que ayer tratamos de meditar sobre el encuentro de Jesús con el joven rico, entendemos que plantearnos la pregunta de si estamos unidos en la oración coincide con otras dos preguntas también vinculadas: “¿Estamos unidos en la alegría?” y “¿Estamos unidos por el tesoro del cielo?”. Sólo si estamos unidos por tener un tesoro en el cielo podemos estar unidos por una alegría que nada nos puede quitar. Pero hemos visto que es imposible que nos desprendamos de los tesoros de la tierra si no se lo pedimos a Dios, porque sólo Él puede hacer posible que nos desprendamos de nuestras riquezas, sean del tipo y naturaleza que sean. La oración, la alegría y el tesoro son como tres realidades circulares y coincidentes. Es importante ser consciente de que si intentamos cultivar una de estas tres realidades sin pensar en las otras, perdemos las tres, las experimentamos mal.

Cada uno de nosotros puede examinarse a sí mismo, y cada comunidad puede examinarse a sí misma, preguntándose qué ha sido de la dependencia indisoluble de estas tres realidades en nosotros. ¿Es el tesoro del cielo realmente nuestra alegría, y somos conscientes de que no podemos poseerlo sin pedirselo a Dios con la fe de que nos ama y de que todo es posible para Él?

Concebir o definir la oración fuera de esta “constelación” compuesta por la oración, la alegría y el tesoro, hace que cada uno de estos tres elementos sea falso, los hace abstractos y, sobre todo, los hace incoherentes en nuestras vidas, en nuestras comunidades. Si la oración no busca el tesoro del cielo, el tesoro que es imposible poseer si Dios no nos lo da, el tesoro que llena nuestro corazón de alegría, ya no es una oración importante para nuestra vida, ni para la vida de los demás y del mundo. Se convierte en una actividad como cualquier otra, junto a las demás, que con demasiada frecuencia sustituimos por otras actividades que parecen más urgentes. En realidad, es el tesoro del cielo el que sustituimos por otros tesoros, los de la tierra. El resultado, o síntoma, es que perdemos la alegría, la verdadera alegría, la mayor alegría de nuestro corazón. Perdemos la alegría de Dios, la alegría en el Espíritu Santo con la que San Benito nos invita a vivir incluso la Cuaresma, incluso la penitencia, incluso la privación de lo que nos satisface en este mundo.

A veces, cuando visito las comunidades, cuando participo en el Oficio Divino, veo que en sí las oraciones son buenas, que quizás se cantan bien y todo está bien hecho. Pero percibo que falta algo, que en la propia oración hay una carencia, un vacío, algo que molesta y que últimamente impide rezar de verdad. Falta la alegría. Ojo, no estoy hablando de la alegría superficial y exterior que ciertos grupos carismáticos están tan orgullosos de mostrar. Lo que falta es la profunda alegría de quien vive y reza porque el tesoro de la vida es el don de Otro. A veces la oración carece de alegría profunda precisamente porque la propia oración se vive y se realiza como un tesoro de la tierra. Se reza por rezar, adorando sus formas, su calidad externa,

deleitándose en cómo se canta, cómo se reza. Es la oración farisaica que Jesús no dejó de estigmatizar, haciendo una caricatura de ella: “Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, a quienes les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para que los vean los hombres. En verdad os digo que ya han recibido su recompensa” (Mt 6,5). Ya han recibido su tesoro porque en una oración así no hay lugar para el tesoro del cielo que da el Padre, y por tanto para la verdadera alegría. Una oración hipócrita y orgullosa pretende ser un tesoro en sí misma, y por eso se regocija en sí misma. No abre su corazón y su vida a la alegría del tesoro que Dios da. De hecho, Jesús continúa: “Tú, en cambio, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo recompensará.” (Mt 6,6).

Incluso cuando rezamos y celebramos con solemnidad –y es importante hacerlo porque tenemos en la Iglesia y en la Orden una hermosa tradición de oración litúrgica, que realmente nos ayuda a rezar–, incluso en este caso no debemos olvidar que la esencia de la oración ya sea personal o comunitaria, sobria o solemne, es siempre muy sencilla: es la petición al Padre del tesoro del cielo, nuestra verdadera alegría. Si existe este corazón, este fuego interior, entonces incluso la solemnidad de la oración nos alegra de verdad, porque permanece verdaderamente sedienta, en busca de un tesoro que no podemos darnos a nosotros mismos, sino que sólo podemos recibir de Dios.

Hablaba de esto hace poco en una vigilia de oración para jóvenes animada por nuestros hermanos de Heiligenkreuz, comentando el pasaje del Evangelio según Lucas en el que Jesús exulta de alegría, dando gracias al Padre (cf. Lc 10,21-22):

En aquella hora, se llenó de alegría en el Espíritu Santo y dijo: “Te doy gracias, Padre”. (Lc 10,21)

A Jesús le embarga una alegría repentina, que parece sorprenderle incluso a él. Una alegría muy especial, porque es la alegría de Dios, la alegría de Jesús como Hijo de Dios. En efecto, es una “alegría en el Espíritu Santo”, y es una alegría que alaba y agradece al Padre. De repente, Jesús manifiesta a los discípulos la alegría de la Trinidad.

Si esta alegría es la alegría de Dios, entonces debe ser la alegría infinita y eterna que todos deseamos y que parece que nunca somos capaces de captar, de retener. Y si Jesús nos la manifiesta, entendemos que esta alegría suya se nos da, como él se dio a nosotros, hasta la muerte. No es posible que Cristo guarde para sí solo esta alegría suya si nos da todo de sí mismo.

Pero exultante de alegría ante los discípulos, Jesús revela también cómo es posible que nosotros experimentemos su alegría: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños.” (Lc 10,21)

La condición para acoger la alegría infinita es, paradójicamente, ser pequeño. El “pequeño”, como el niño, se alegra plenamente, como Jesús, porque no intenta encerrar toda la alegría en su corazón. Hay un espacio más grande que su corazón en el que el pequeño deja que se expanda su alegría, y es este espacio el que Jesús nos enseña: es el espacio de la relación, de la comunión, de la amistad. La alegría de Jesús está en su relación de amor con el Padre en el Espíritu Santo. Si queremos experimentar la alegría de Cristo, no debemos separarla de este amor, de esta amistad.

Si los pequeños tienen esta experiencia, ¿por qué no podemos tenerla nosotros también? A menudo no experimentamos la alegría porque la disociamos del amor, la disociamos de la amistad, de la caridad que se nos pide hacia los demás. Nos gustaría acoger la alegría en nuestro corazón sin acoger también a los demás en nuestro corazón, en nuestra vida. Si el mundo está triste, no es porque le falte alegría, sino porque le falta capacidad de acoger, amistad. (Homilía en la *Jugendvigil*, Heiligenkreuz, 3.9.2021)

Observamos que en este pasaje del Evangelio Jesús expresa su alegría formulando una oración de alabanza, podríamos decir una oración “eucarística” dirigida al Padre, que es una oración de adoración y de amor: “¡Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra!”. Para Jesús, el tesoro en el cielo y en la tierra es el Padre, y la alegría es poseer este tesoro a través de una oración de comunión y de amor que abarca todo, toda la realidad, porque el amor del Padre lo abraza todo con su misericordia.